

¿Por qué ya no soy un izquierdista de encefalograma plano?  
Un ensayo de temporada electoral

**David Mamet**

A John Maynard Keynes le criticaban sus cambios de opinión. Respondió, “Cuando los hechos cambian, yo cambio de opinión. ¿Usted qué hace, señor?”

Mi ejemplo favorito de un cambio de opinión fue el de Norman Mailer en *The Village Voice*.

Norman ejerció el papel de crítico teatral, encargándose del estreno en Nueva York de *Esperando a Godot*.

La mejor obra de teatro del Siglo XX. Sin molestarse en ir a verla, Mailer la calificó de basura.

Cuando al final se arrastró a verla, se dio cuenta de su error. Sin embargo, ya no era columnista del *Voice*, así que compró una página entera del periódico y escribió una retractación, alabándola como la obra maestra que es.

El sueño de todo dramaturgo.

Una vez gané uno de los "Concursos" de Mary Ann Madden en la revista *New York*. La tarea era nombrar o crear una lista "10"

de cualquier cosa, y la mía fue la Perfecta Crítica Teatral Mundial. Decía algo así: “Nunca he entendido el teatro hasta anoche. Por favor perdonar todo lo que jamás he escrito. Cuando leáis esto estaré muerto”. Esa, claro, es la única crítica que cualquiera relacionado con el teatro desea recibir.

Mi premio, en un asombroso ejemplo de ironía, fue una suscripción de un año a *New York*, un auténtico trapo sucio que yo consideraba (“Concurso” de Mary Ann aparte) una supurante herida sobre el cuerpo del alfabetismo mundial – esto debido a la presencia en sus páginas de John Simon, cuya aturdidora amalgama de fanfarronería y salvajismo, a lo largo de los años, fue apreciada por esos lectores que buscaban un endoso de la mediocridad proactiva.

Pero digreso.

---

Escribí una obra de teatro sobre la política (*November*, Barrymore Theater, Broadway, quedan algunas plazas). Y como parte del “proceso de escribir”, como creo que se llama, comencé a pensar sobre la política. Este comentario no es tan insípido como parece. *Porgy and Bess* es un mogollón de buenas canciones pero no tiene nada que ver con las relaciones entre las razas, el pendón bajo el cual navegó.

Pero resulto que mi obra sí tuvo que ver con la política, es decir, sobre la polémica entre personas con dos puntos de vista opuestos. El argumento en mi obra es entre un presidente interesado en sí mismo, corrupto, sobornado, y realista, y su izquierdosa escritora de discursos, lesbiana, utópico-socialista.

La obra, aunque produce risas continuas, es una disputa entre la razón y la fe, o quizás entre el punto de vista conservador (o trágico) y el punto de vista izquierdista (o perfeccionista). El presidente conservador sostiene en la pieza que los ciudadanos buscan solucionarse la vida, y la mejor manera para que el gobierno facilite esto *es quitarse de en medio*, ya que los inevitables abusos y fracasos de este sistema (economías de mercado libre) son menores que los de la intervención gubernamental.

Yo abogué por el punto de vista izquierdista durante muchas décadas, pero me parece que he cambiado de opinión.

Como hijo de la década de los 60, acepté como artículo de fe que el gobierno es corrupto, que las empresas son explotadoras, y que las personas, por lo general, son buenas de corazón.

Estos queridos preceptos a lo largo de los años habían arraigado como prejuicios cada vez más impracticables. ¿Por qué digo impracticables? Porque aunque sigo teniendo estas creencias, ya no las aplico en mi vida. ¿Cómo lo sé? Mi mujer me informó. Íbamos en coche escuchando la NPR (National Public Radio). Sentí mis músculos faciales apretándose, y las palabras comenzando a formarse en mi mente: *Cierra la puta boca*. “?” sugirió ella. Y su recapitulación concisa y elegante, como siempre, me despertó a una verdad más profunda: Durante años había estado escuchando a NPR y leyendo varios

órganos de opinión nacional, mientras el asombro y la ira luchaban por el liderato. Más: Supe que durante muchos años había estado refiriéndome a mí mismo –bastante encantadoramente, pensé– como un “izquierdista de encefalograma plano”, y a la NPR como “National Palestinian Radio”.

Esta es, para mí, la síntesis de este punto de vista global con el que ahora me sentía desencantado: que todo siempre está mal.

Pero en mi vida, un breve análisis me lo reveló, todo no siempre estaba mal, y tampoco estaba o está todo siempre mal en la comunidad en que vivo, o en mi país. Más: no siempre estaba todo mal en las comunidades en las que antes había

vivido y entre las diversas y móviles clases de las que formé parte.

Y, me pregunté, ¿cómo pude haber pasado décadas pensando que pensaba que todo siempre estaba mal *mientras al mismo tiempo* pensaba que pensaba que las personas son básicamente buenas de corazón? ¿Qué pasaba? Comencé a cuestionar lo que realmente pensaba y descubrí que no pienso que las personas sean básicamente buenas de corazón; es más, esta visión de la naturaleza humana ha inducido y ha informado mi obra durante los últimos 40 años. Creo que las personas, en circunstancias estresantes, pueden comportarse como cerdos, y que esto, de hecho, no sólo es un tema apropiado, sino el único tema, del drama.

---



Había observado que la lujuria, la avaricia, la envidia, la pereza y sus amiguetes están haciendo de las suyas con el mundo, pero que sin embargo, la gente en general parece comportarse razonablemente bien día a día; y que nosotros en los Estados Unidos nos comportamos día a día razonablemente bien bajo circunstancias claramente asombrosas y privilegiadas – que no somos y nunca hemos sido los villanos que muchos de fuera y muchos de nuestros ciudadanos nos consideran, sino que somos una confección de individuos normales (avariciosos, lujuriosos, falsos, corruptos, inspirados – en fin, humanos) viviendo bajo un acuerdo espectacularmente eficaz llamado Constitución, y afortunados de tenerla.

Porque la Constitución, en lugar de sugerir que todos se comporten de manera divina, reconoce que, al contrario, las

personas son cerdos y se aprovecharán de cualquier oportunidad para subvertir cualquier pacto y poder conseguir lo que ellos consideran que son sus merecidos intereses.

Por ello, la Constitución separa el poder del estado en esas tres ramas que para la mayoría de nosotros (me incluyo) es lo único que recordamos de 12 años de escuela.

La Constitución, escrita por hombres que tenían alguna experiencia de gobierno real, asume que el jefe ejecutivo intentará convertirse en Rey, que el Parlamento tramará para vender la vajilla de plata, y que el poder judicial se considerará Olímpico y hará todo lo posible para sustancialmente mejorar (destruir) el trabajo de las otras dos ramas. Por eso la Constitución las opone entre sí, no tratando de obtener su

bloqueo, sino permitiendo las correcciones necesarias y constantes para evitar que una rama obtenga demasiado poder durante demasiado tiempo.

Claramente brillante. Porque, en abstracto, podemos imaginarnos una perfección Olímpica de seres perfectos en Washington encargados del negocio de sus empresarios, los ciudadanos, pero cualquiera de nosotros que haya estado en una reunión sobre cuestiones de edificabilidad en la que está en juego nuestra propiedad conoce el impulso de deshacerse de toda la mierda perniciosa y pasar directamente a las armas.

Yo he descubierto, no solo que no me fiaba del gobierno actual (eso, para mí, no era una sorpresa), sino que un repaso imparcial revelaba que los defectos de este presidente – a

quien yo, como buen izquierdista, consideraba un monstruo – no eran muy diferentes de los de un presidente al que veneraba.

Bush nos metió en Irak, Kennedy en Vietnam. Bush robó las elecciones de Florida; Kennedy las suyas de Chicago. Bush delató a una agente de la CIA; Kennedy dejó morir a cientos de ellos en el oleaje de la Bahía de Cochinos. Bush mintió acerca de su servicio militar; Kennedy aceptó un Premio Pulitzer por un libro escrito por Ted Sorenson. Bush se metió en la cama con los Saudís, Kennedy con la Mafia. Oh.

Y empecé a cuestionar mi odio hacia “las Corporaciones” – un odio que era, descubrí, simplemente el reverso de mi hambre

por conseguir esos bienes y servicios de que nos proveen y sin los cuales no podríamos vivir.

Y empecé a cuestionar la falta de confianza hacia el “Malvado Ejército” de mi juventud, que, reconocí, estaba entonces y está ahora compuesto por hombres y mujeres que en realidad arriesgan sus vidas para protegernos a todos de un mundo muy hostil. ¿El Ejército siempre tiene la razón? No. Tampoco la tiene el gobierno, ni las corporaciones – son sencillamente diferente rótulos para la particular amalgama que hace nuestro país de grupos de trabajo separados, si queréis. ¿Estos grupos son infalibles, libres de toda posibilidad de mala gestión, corrupción, o crimen? No, y tampoco lo somos tú o yo. Así que, asumiendo la visión trágica, la pregunta no era “¿Es todo perfecto?”, sino “¿Cómo se puede mejorar, a qué precio, y según la definición

de quién?” Colocado de esta forma, me parecía que las cosas iban desarrollándose bastante bien.

---

¿Hablo como miembro de la “clase privilegiada”? Si así lo quieres – pero las clases en Estados Unidos son móviles, no fijas, como dice el punto de vista marxista. Es decir: los inmigrantes llegaron y siguen llegando sin dinero y pueden (y logran) hacerse ricos; el tipo socialmente inepto gana un trillón de dólares; la madre soltera, sin dinero y sin hablar inglés, logra que sus dos hijos se gradúen en la universidad (mi abuela). Por otro lado, los ricos y los hijos de los ricos pueden perderlo todo; la hegemonía de los ferrocarriles pasa a las aerolíneas, la de los canales de televisión pasa a Internet, y cada individuo podrá cambiar, y probablemente cambiará, de estatus más de una vez a lo largo de su vida.

¿Y cuál es el papel del gobierno? Bueno, en abstracto, procediendo de mi tiempo y mi entorno, yo pensaba que era una cosa buena, pero sumando y restando en el libro mayor esas cosas que me afectan y que observo, me resulta difícil elegir un caso en que la intervención del gobierno haya conducido a algo más allá de la tristeza.

*Pero* si el gobierno no debe intervenir, ¿cómo podremos nosotros, meros seres humanos, hacer que todo funcione?

Me preguntaba eso y leí, y se me ocurrió que sabía la respuesta, y aquí está: Parece que lo hacemos naturalmente. ¿Cómo lo sé? Por experiencia. Me referí a la mía propia – cárgate al director de la obra teatral y ¿qué sucede?

Normalmente una disminución del conflicto, un período de ensayo más corto, y una mejor producción.

El director, generalmente, no *causa* el conflicto, pero su presencia hace que los actores dirijan (y fabriquen) demandas diseñadas como peticiones a la Autoridad – es decir, apartarse del objetivo original (preparar una obra de teatro para un público) e inmiscuirse en política, cuyo propósito puede ser adquirir estatus e influencia al margen del objetivo original.

Abandona una medianoche a un grupo de pasajeros de autobús que no se conozcan entre sí, y ¿qué obtienes? Mucho drama malo, y un improvisado Convenio Mayflower (el que firmaron los Peregrinos ingleses al llegar a lo que luego sería Massachussets). Cada uno, instantáneamente, agrega lo que



puede a la solución. ¿Por qué? Cada uno quiere, y de hecho necesita, contribuir – echar a la olla las destrezas que cada uno tiene para conseguir el objetivo general, y lograr también un estatus en la nueva comunidad. Por eso hacen que funcione.

Es preciso observar también la escuela mejor de todas, el sistema de jurado, en el que, de nuevo, cada uno no trae a la sala más que sus propios prejuicios, y, en el curso de la deliberación, llega a una solución imperfecta, pero aceptable para la comunidad – una solución con la que la comunidad puede vivir.

Antes de las elecciones intermedias (no presidenciales: 2006) a mi rabino le estaban dando caña. La congregación es exclusivamente izquierdista, él se autodescribe como

independiente (leer: “conservador”), y estaba cabreando al rebaño. ¿Por qué? Porque a) nunca hablaba de política; y b) enseñaba que la calidad del discurso político debe ser considerada primero – que la ley judía enseña que es imperativo que cada persona escuche al prójimo.

Por eso yo, como muchos de la congregación izquierdista, comencé, apretando los dientes, a intentar hacer eso mismo. Y haciéndolo, reconocí que tenía esas dos visiones de América (política, gobierno, corporaciones, el ejército). Una era la de un estado en el que todo era mágicamente malo y debería ser inmediatamente corregido sin reparar en el coste; y la otra – el mundo con el que funcionaba día a día – estaba compuesto por personas, y la mayoría de ellas estaban intentando aumentar su confort de modo razonable llevándose bien con sus

semejantes (en el trabajo, el mercado, la sala del jurado, la autopista, hasta en las reuniones del consejo escolar).

Y me di cuenta de que había llegado el momento de avalar mi participación en esa América en la que he escogido vivir, y que ese país no era un aula escolar en la que se enseñan valores, sino un centro de intercambio, un mercado.

---

“¡Ajá!” diréis, y tendréis razón. Comencé por leer no sólo la economía de Thomas Sowell (nuestro más importante filósofo contemporáneo) sino a Milton Friedman, Paul Johnson, y Shelby Steele, y a una multitud de escritores conservadores, y descubrí que estaba de acuerdo con ellos: una comprensión del mundo basada en mercados libres cuadra más perfectamente

con mi experiencia que esa visión idealista que yo llamaba izquierdismo.

*Al mismo tiempo,* estaba escribiendo mi obra sobre un presidente, corrupto, venal, astuto, y vengativo (asumo que todos lo son), y dos pavos. Y di a este presidente ficticio una redactora de discursos que, desde su punto de vista (el de él), es una “izquierdista de encefalograma plano”, bastante parecida a como yo era antes, y que a lo largo de la pieza necesitan encontrar la manera de hacer que funcione la cosa. Y eventualmente logran llegar a un entendimiento humano sobre el proceso político. Como creo que estoy intentando hacerlo yo, y creo que estoy teniendo éxito, e intentaré resumirlo en las palabras de William Allen White.

White fue durante 40 años editor del *Emporia Gazette* en el Kansas rural, y un comentarista político prominente y poderoso. Era gran amigo de Theodore Roosevelt y escribió el mejor libro que jamás he leído sobre la presidencia. Se titula *Masks in a Pageant* ("Máscaras en un espectáculo"), y retrata a diversos presidentes desde McKinley hasta Wilson, y lo recomiendo sin reservas.

White tenía la mente bastante despejada, y había observado la naturaleza humana como pocos. (Como dijo Twain, si quieres entender a los hombres, edita un periódico rural). White sabía que la gente necesita al mismo tiempo progresar y llevarse bien, y que siempre están trabajando en lo uno o lo otro, y mejor sería que el gobierno se quitara de en medio y dejarlos proceder. Pero, agregó, existe esta cosa del izquierdismo, que

se puede reducir a estas palabras, que se cuentan entre las más tristes: "... sin embargo..."

La derecha sigue mugiendo sobre la fe, la izquierda muge sobre el cambio, y muchos están furiosos con los necios del otro lado – pero, al final del día, unos y otros son la misma gente que saludamos alrededor del refrigerador de agua.

Feliz temporada electoral.

11 de marzo, 2008

*The Village Voice*

Traducción Vicente Carbona

